

Carmen HERRANDO

## Resumen

---

A pesar del agnosticismo en que fue educada, Simone Weil se abrió a lo sobrenatural sin prejuicio alguno, aceptando y acogiendo esta dimensión de lo real, pues la realidad fue su principal referente. La lectura, al final de su vida, de las obras de San Juan de la Cruz confirmará sus grandes intuiciones sobre Dios y le abrirá nuevas perspectivas acerca del sufrimiento humano, abordando la «vía negativa» del ateísmo purificador. En este sentido, la lejanía de Dios resulta hoy una *palabra* para nuestro mundo; este es el mensaje que nos brindan el santo carmelita y la filósofa anarquista.

**Palabras clave:** vía negativa, ocultamiento, ateísmo, purificación, deseo, lejanía.

## Simone Weil. An answer to the remoteness of God

### Abstract

---

Despite that Simone Weil was educated as an agnostic person, she open herself, without any constraints, to the supernatural world, accepting and assuming this dimension as part of the real world, being the reality her main point of reference. The reading, at the end of her life, of Saint John of the Cross writings, will provide to her the confirmation of her former intuitions about God, and will open her to new approaches about the human suffering, undertaking the “negative way” of the purifying atheism. In this sense, the remoteness of God, became nowadays a *word* for our world; this is the message that is offered to us by both, the carmelite saint and the anarchist philosopher.

**Key words:** negative way, concealment, atheism, purification, desire, remoteness.

---

*Cinco pájaros en el tejado.  
Solitarios.  
Luego dos. Luego, ninguno.  
Hoy no hay meditación de pájaro  
solitario en el tejado.  
Sólo tejado solitario.*  
José Jiménez Lozano

## 1. La irrupción de lo sobrenatural

Simone Weil (París 1909 – Ashford, Inglaterra 1943) fue educada en el agnosticismo por unos padres «librepensadores» y pertenecientes a familias de origen judío. En la familia Weil solo practicaban el judaísmo la abuela paterna y algunos miembros de la familia de Bernard Weil, el padre de la filósofa; sin embargo, el mismo doctor Weil se decía agnóstico y llegó incluso a confesarse ateo.<sup>1</sup> Simone Weil apenas se relaciona con el judaísmo, pero cuando se aproximó a cuestiones que tenían que ver con la tradición de sus mayores, el resultado casi siempre fue problemático, hostil incluso. No pocos entre los estudiosos de la autora se refieren a su marcionismo, debido a su rechazo radical de casi todo el Antiguo Testamento. Cuestión muy distinta sería, sin embargo, la de Dios, que Simone Weil, desde muy joven, consideró tema de capital importancia. Es conocido este testimonio suyo que consta en la carta que envió al dominico Joseph Marie Perrin a mediados de mayo de 1942, su *Autobiographie spirituelle*, donde expresa que el tema de Dios no debe tratarse de cualquier manera:

Dès l'adolescence j'ai pensé que le problème de Dieu est un problème dont les données manquent ici-bas et que la seule méthode certaine pour éviter de le résoudre à faux, ce qui me semblait le plus grand mal possible, était de ne pas le poser. Ainsi, je ne le posais pas. Je n'affirmais ni ne niais.<sup>2</sup>

En esta misma carta, Simone Weil relata una experiencia que vivió durante su adolescencia y que la marcaría para toda la vida: su firme adhesión a la verdad, su convencimiento de que es posible alcanzar la verdad si se tiene un deseo profundo de llegar a ella y se hace, además, un gran esfuerzo de atención:

---

\* Los textos de Simone Weil están extraídos de las *Œuvres complètes*, editadas por Gallimard. Las traducciones son de la autora del artículo, a excepción de «Autobiographie spirituelle», la carta que escribió al padre Perrin a mediados de mayo de 1942. El objetivo es proporcionar al lector las propias palabras de Simone Weil.

<sup>1</sup> S. PÉTREMENT, *La vie de Simone Weil*. París: Fayard, 1997<sup>2</sup>, p. 13.

<sup>2</sup> S. WEIL, «Autobiographie spirituelle». *Atente de Dieu*. París: Fayard, 1984, pp. 36-37. (1ª ed. 1966). En español: *A la espera de Dios*. Traducción de M. Tabuyo y A. López. Madrid: Trotta, 1993, pp. 37-38.

Je ne regrettais pas les succès extérieurs, mais de ne pouvoir espérer aucun accès à ce royaume transcendant où les hommes authentiquement grands sont seuls à entrer et où habite la vérité. J'aimais mieux mourir que de vivre sans elle. Après des mois de ténèbres intérieures j'ai eu soudain et pour toujours la certitude que n'importe quel être humain, même si ces facultés naturelles sont presque nulles, pénètre dans ce royaume de la vérité réservée au génie, si seulement il désire la vérité et fait perpétuellement un effort d'attention pour l'atteindre.<sup>3</sup>

Esas tinieblas interiores venían causadas en gran parte por la brillantez de su hermano André, que había ingresado en la universidad con solo dieciséis años, con un permiso especial, y, aunque Simone Weil lo admiraba mucho, se sentía como eclipsada por el talento de quien pronto habría de destacar en el campo de las matemáticas, llegando a convertirse en un matemático notable.

La atención jugó un papel central en la vida y en la obra de Simone Weil; si se puede hablar de un «método» en su filosofía, este sería el de la atención. Hasta podríamos referirnos, en términos filosóficos clásicos, a la atención como el *organon* del pensamiento weiliano. Una atención que en Simone Weil estaría siempre y certeramente ligada a la búsqueda implacable de la verdad; este rasgo es capital, pues es el núcleo de la inmersión en lo real que caracterizó la vida de la filósofa, de principio a fin. En efecto, su referente principal, el blanco de sus pensamientos, su mayor fuente de inquietud, su gran pasión, fue la realidad, en la que supo volcarse con admirable entereza moral y una enorme grandeza de espíritu, fijándose de manera muy especial en los más desdichados.<sup>4</sup>

Émile Chartier, conocido como Alain, su profesor en el liceo Henri IV, donde preparaba el ingreso en la Escuela Normal superior, también marcaría a Simone Weil en esta fidelidad a la verdad y a la realidad, así como en el reconocimiento de que la primera no es sino el reflejo de la segunda.<sup>5</sup> Su contribución a este pensamiento tan atenido a lo real se dio ya desde un sencillo gesto que Alain solía hacer en el aula del liceo Henri IV, al comenzar el curso, y que comentan también otros alumnos suyos como hecho que les resultaba significativo: escribir en la pizarra esta expresión de Platón: «hay que ir a la verdad *con toda el alma*».<sup>6</sup> Si en Simone Weil ya estaba presente esta pasión por la verdad, Alain la consolidó, sin duda.

En 1935, después de trabajar casi un año como obrera —una experiencia con la que ya soñaba durante sus estudios, pero que no llevaría a cabo hasta finales de 1934—, y

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 38-39. *A la espera de Dios*, *op. cit.*, pp. 38-39.

<sup>4</sup> Véase: R. CHENAVER, *Simone Weil. L'attention au réel*. París: Michalon, 2009. Versión en español: *Simone Weil. La atención a lo real*. Traducción de Alejandro Del Río. Madrid: Fundación Emmanuel Mounier, 2014.

<sup>5</sup> S. WEIL, «L'Enracinement». *Œuvres complètes*, V, 2. París: Gallimard, 2013, p. 319. Véase la cita completa más adelante.

<sup>6</sup> PLATÓN, *La República*, 518c.

tras haber ejercido como profesora en diversos liceos femeninos, Simone Weil viviría su primer encuentro con el cristianismo. Fue en Portugal, en Póvoa de Varzim, un pueblecito cercano a Viana do Castelo, donde presencié una procesión de gentes sencillas que veneraban una imagen de la Virgen y cantaban canciones de aires tristísimos. Era un pueblo de la costa, y la mayoría de aquellas personas vivían de la pesca. Simone Weil tuvo la impresión de que aquello que presenciaba en aquel atardecer tenía que ser un ritual de una religión hecha para esclavos, pues ella misma se sentía como una esclava tras la dura experiencia que acababa de vivir en la fábrica. Lo plasman bien estas palabras de la carta al padre Perrin que se viene citando:

C'était au bord de la mer. Les femmes des pêcheurs faisaient le tour des barques, en procession, portant des cierges, et chantaient des cantiques certainement très anciens, d'une tristesse déchirante. Rien ne peut en donner une idée. Je n'ai jamais rien entendu de si poignant, sinon le chant des haleurs de la Volga. Là j'ai eu soudain la certitude que le christianisme est par excellence la religion des esclaves, que des esclaves ne peuvent pas ne pas y adhérer, et moi parmi les autres.<sup>7</sup>

La terrible experiencia de la guerra de España, en la que participó brevemente en agosto de 1936,<sup>8</sup> vino a sumarse a la vivencia humillante de explotación padecida en la fábrica. Para reponerse, en la primavera de 1937, Simone Weil emprendió un viaje de descanso y esparcimiento por Italia. Estando en Asís vivió su segundo encuentro con el cristianismo, muy diferente del de Portugal. Así lo relata al padre Perrin en la citada carta de mediados de mayo de 1942:

En 1937 j'ai passé à Assise deux jours merveilleux. Là, étant seule dans la petite chapelle romane du XIIe siècle de Santa Maria degli Angeli, incomparable merveille de pureté, où saint François a prié bien souvent, quelque chose de plus fort que moi m'a obligée, pour la première fois de ma vie, à me mettre à genoux.<sup>9</sup>

Este «algo más fuerte que yo» representa esa dimensión aún desconocida a la que la llevaría su propio camino de apertura a lo real. Simone Weil —ella misma lo expresa— nunca buscó a Dios.<sup>10</sup> Sin embargo, hallaría sus huellas en la realidad misma. Así, du-

<sup>7</sup> S. WEIL, *Atente de Dieu, op. cit.*, pp. 42-43. *A la espera de Dios, op. cit.*, p. 40.

<sup>8</sup> Cruzó la frontera por Portbou en torno al 8 de agosto de 1936, y regresó a París con sus padres a finales de septiembre. En el frente, pasó unos ocho días en Pina de Ebro, cerca de Zaragoza, formando parte de la Columna Durruti, con milicianos anarquistas que pertenecían al POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista); un accidente hizo que la enviasen a Barcelona, y entre Barcelona y Sitges pasaría mes y medio más, recuperándose de la quemadura que le causó el accidente (se quemó la pierna izquierda con aceite hirviendo).

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 43. *A la espera de Dios. Op. cit.*, pp. 40-41.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 36.

rante la Semana Santa del año siguiente (1938), en la abadía benedictina de Solesmes, en cuya hospedería pasaba unos días con su madre, el ejercicio de atención que solía ayudarla a vencer los terribles dolores de cabeza que padecía, la dispondría a vivir otra experiencia singular:

Cette expérience m'a permis par analogie de mieux comprendre la possibilité d'aimer l'amour divin à travers le malheur. Il va de soi qu'au cours de ces offices la pensée de la Passion du Christ est entrée en moi une fois pour toutes.<sup>11</sup>

Merced a un joven católico inglés que también pasaba en Solesmes la Semana Santa, Simone Weil pudo conocer textos de los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII, que se habían inspirado mucho en los místicos españoles del siglo anterior, sobre todo en Juan de la Cruz y en Teresa de Jesús. Más adelante, la filósofa contará por carta al padre Perrin y al poeta Joë Bousquet dos experiencias similares (o quizás la misma): que mientras recitaba un poema de Georges Herbert, uno de los aludidos poetas metafísicos, el titulado *Love*, Cristo mismo «descendió y la tomó»; son sus palabras exactas, y constan en la citada carta a su amigo dominico.<sup>12</sup>

Se puede afirmar que, en la primavera de 1938, lo sobrenatural entró, de algún modo, a formar parte de la vida de Simone Weil. Con todo, es raro hallar la palabra *surnaturel* en los escritos anteriores a 1941, aunque la autora se servirá mucho de ella en los dos últimos años de su vida.<sup>13</sup> Esta presencia de lo sobrenatural la descubre Simone Weil abriéndose a la realidad y acogiendo lo que esta le brinda; por su pasión por la verdad, recibe este aspecto de lo real, hasta entonces desconocido, con sencillez y humildad admirables. En la vida de Simone Weil tendría un efecto clave, como si entrara en otra dimensión o la hiciera atravesar un umbral, y quedase esa semilla albergada en el secreto de su vida interior. De la imagen del umbral se servirá a menudo la autora. Escribe, por ejemplo: «Le seuil, c'est la consommation du grain de grenade, c'est un instant de consentement inconditionné au bien pur. On ne s'aperçoit qu'il n'a été accordé qu'après coup»<sup>14</sup> [‘El umbral es la consumición del grano de granada, un instante de consentimiento incondicionado al bien puro. Hasta después no se da uno cuenta de que le ha sido acordado’]. El grano de granada que comió Perséfone, y que representa la presencia del bien en el alma, un bien infinitamente pequeño, como se verá. Simone Weil halló en su vida una honda aspiración a este bien puro. Y descubrir

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 43. *A la espera de Dios. Op. cit.*, p. 41.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 41. La carta a Bousquets puede verse en S. WEIL. *Œuvres*. París: Gallimard (col. Quarto), 1999, p. 797.

<sup>13</sup> Pascal David afirma que esta palabra está «omniprésent dans les textes des deux dernières années (été 1941-été 1943), en particulier dans les *Cahiers*». P. DAVID, «L'absolu, peut-il faire l'objet d'une science expérimentale ?», *Cahiers Simone Weil* [Passy] XXXV, nº 1, marzo 2012, p. 31.

<sup>14</sup> S. WEIL, «Cahier VIII». *Œuvres complètes* VI, 3. París: Gallimard, 2002, p. 98.

lo sobrenatural la llevaría a identificar ese bien con Dios mismo: Dios es el Bien, afirmará.<sup>15</sup>

Es curioso, y resulta hasta irónico, que la pensadora anarquista, la mujer que por probidad intelectual se negaba a adentrarse en el terreno de lo sobrenatural por el rechazo que le generaba cualquier riesgo de autosugestión, cuando es la realidad misma la que le «muestra» lo sobrenatural como una de sus múltiples dimensiones, supiera entonces acogerlo, y lo hiciera con la misma probidad intelectual con la que antes se precavía ante ello.

El juego «realidad/verdad» es constante en la vida de Simone Weil. Al final de sus días escribe en las páginas de *L'Enracinement*: «La vérité est l'éclat de la réalité»,<sup>16</sup> es decir, que la verdad es el fulgor, el estallido, la eclosión de la realidad; mucho más que un mero reflejo de la realidad misma. La vida de Simone Weil seguiría, así, marcada por el signo de la verdad; el hallazgo de la dimensión sobrenatural no sería sino el resultado de esta encomiable atención a lo real, que no deja de ser un vaivén permanente entre la atención y la verdad, en el que la filósofa se jugaría realmente la vida.

Una expresión muy querida a Simone Weil es *εν υπομονη*: permanecer *εν υπομονη* es para ella «l'attente, l'immobilité attentive et fidèle qui dure indéfiniment et que ne peut ébranler aucun choc»,<sup>17</sup> esto es: la espera, la inmovilidad atenta y fiel que se prolonga indefinidamente y a la que ningún impacto hace vacilar. Es una clave principal en su vida, a la que hay que sumar la compasión sin límites por todo ser humano y muy especialmente por los más desventurados y desamparados; y junto a lo anterior, una preocupación constante por la justicia, que habría de llevar a nuestra autora a la acción sindical y al terreno del pensamiento político, pero también al de una filosofía del trabajo y a una espiritualidad del mismo, que dejaría sin elaborar, aunque aportó grandes intuiciones.<sup>18</sup>

## 2. El encuentro con san Juan de la Cruz

Simone Weil se abre, pues, al conocimiento sobrenatural por fidelidad a la realidad. Esta dimensión de lo real la rastreará también en los escritos griegos y en muchos de los grandes textos de la mística universal, especialmente los de las tradiciones orientales hinduistas, influida sin duda por su amiga y biógrafa Simone Pétrement.<sup>19</sup> En sus es-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 123.

<sup>16</sup> S. WEIL, «L'Enracinement». *Œuvres complètes*, V, 2. *Op. Cit.*, p. 319.

<sup>17</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 1 (Écrits de Marseille, 1). París: Gallimard, 2008, p. 324. [‘La espera, la inmovilidad atenta y fiel, que dura indefinidamente, y a la que ningún choque puede hacer vacilar’].

<sup>18</sup> Sobre filosofía del trabajo: R. CHENAVER, *Simone Weil. Une philosophie du travail*. París: Éditions du Cerf, 2001.

<sup>19</sup> Sobre Simone Pétrement hay un número especial de *Cahiers Simone Weil* [Passy] (Tomo XVI, 2, nº 2-3), en 1993.

critos son muy numerosas las alusiones a los griegos (la mayor parte en *La source grecque* —la fuente griega—); bástenos aquí con esta referencia al pensamiento de Platón: «La disposition de l'âme qui reçoit et accueille la grâce n'est pas autre chose que l'amour. L'amour de Dieu est la racine et le fondement de la philosophie de Platon»<sup>20</sup> [‘La disposición del alma que recibe y acoge la gracia no es sino el amor. El amor de Dios es la raíz y el fundamento de la filosofía de Platón’]. Está asimismo convencida de que, para el gran filósofo griego, «lo real es trascendente», y que esa es la idea fundamental de Platón, como expresa en el *Cahier IX*.<sup>21</sup>

Por la propia experiencia del hallazgo inesperado de lo sobrenatural en su vida, vivirá Simone Weil esta dimensión como algo a un tiempo oscuro y luminoso;<sup>22</sup> se sabía interpelada por un Dios que ni siquiera llama a la puerta de su vida, sino que permanece silencioso a la espera de que ella, y cualquier ser humano, lo acoja y le abra las puertas de su corazón. El Dios que concibe Simone Weil no es el Dios «todopoderoso» de algunos pasajes del Antiguo Testamento, ni el «Dios de los ejércitos»; tampoco es el «creador», el hacedor de todo, sino un Ser que, al tiempo que crea, se *descrea*, porque el Amor es su verdadera esencia.

La création est de la part de Dieu un acte non pas d'expansion de soi, mais de retrait, de renoncement. Dieu et toutes les créatures, cela est moins que Dieu seul. Dieu a accepté cette diminution. Il a vidé de soi une partie de l'être. Il s'est vidé déjà dans cet acte de sa divinité.<sup>23</sup>

De ahí que nuestra autora quedase maravillada ante este verso del *Dies irae*, himno latino de difuntos, que copia en la portada de algunos de sus cuadernos y cita no pocas veces en sus escritos: «Quaerens me sedisti lassus», es decir: buscándome, tuviste que sentarte, muerto de fatiga. Es la imagen de Dios mendigando el amor de sus criaturas. Simone Weil se adentra así en una experiencia muy rica que descubre también, como se ha indicado, en textos griegos y orientales, y hasta en algunos pasajes del folclore universal, lo que la llevó a pensar que hay una única tradición mística común para todas las grandes sabidurías y religiones del mundo.<sup>24</sup>

<sup>20</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 2 (Écrits de Marseille, 2). París: Gallimard, 2009, p. 88.

<sup>21</sup> S. WEIL, «Cahier IX». *Œuvres complètes* VI, 3. *Op. cit.*, p. 179.

<sup>22</sup> S. WEIL, «Cahier VI». *Œuvres complètes*, VI, 2. París: Gallimard, 1997, p. 324.

<sup>23</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 1. *Op. cit.*, p. 291.

<sup>24</sup> Tanto en *Carta a un religioso* como en la Carta a Jean Wahl, ambas de 1942, Simone Weil se refiere a esta unidad de la mística. «Je crois qu'une pensée identique se trouve exprimée, d'une manière très précise et avec des modalités à peine différentes, dans les mythologies antiques ; dans la philosophie de Phérékydés, Thalès, Anaximandre, Héraclite, Pythagore, Platon et des Stoïciens grecs; dans la poésie grecque de la grande époque; dans le folklore universel; dans les *Upanishad* et la *Bagavad-Gîtâ*, dans les écrits des Taoïstes chinois et dans certaines courants bouddhistes; dans ce qui reste des écritures sacrées d'Égypte; dans les dogmes de la foi chrétienne et les

Será en otoño de 1941 cuando la experiencia sobrenatural y mística de Simone Weil encuentre un eco muy grande en los escritos de un místico español del siglo XVI: san Juan de la Cruz, a quien nunca hasta entonces había leído. Simone Weil pasaría parte del verano y del otoño de aquel año en la finca del escritor Gustave Thibon, a quien conoce a comienzos de agosto a instancias de Joseph Marie Perrin, el dominico de Marsella con quien mantenía conversaciones acerca de la fe, desde el inicio de aquel verano. Ella quería trabajar como obrera agrícola, y Thibon vivía en un pueblecito, Saint-Marcel-d'Ardèche, donde Simone Weil podría encargarse de diversas tareas del campo, para trabajar después como vendimiadora en las tierras de un agricultor conocido de Thibon, en Saint-Julien-de-Peyrolas. Fue durante estos meses, entre agosto y octubre, cuando Gustave Thibon dio a leer a Simone Weil las obras de san Juan de la Cruz, en una edición en lengua española. La pensadora quedó maravillada. Aquel otoño del 41 fue también el momento en el que Simone Weil comenzó a rezar. No había rezado nunca, temerosa de la autosugestión que la oración pudiera provocar en ella, y por pura probidad intelectual; pero ella y Thibon leían textos en griego, y el Padre-nuestro fue uno de ellos. Lo recitaban juntos y se prometieron aprenderlo de memoria.<sup>25</sup> Simone Weil lo rezaría cada día durante el tiempo de la vendimia, con una atención plena, y su vivencia sería excepcional...

En este contexto, la lectura del místico español, poeta y reformador de la Orden del Carmen tras los pasos de Teresa de Ávila, fue para Simone Weil un auténtico descubrimiento. Así escribe a su hermano André a finales de aquel año (1941):

As-tu lu saint Jean de la Croix ? C'est en ce moment ma principale occupation. On m'a donné aussi un texte sanscrit de la *Gita*, transcrit en lettres latines. Ce sont deux pensées extraordinairement semblables. La mystique de tous les pays est identique. Platon doit y être rangé, et qu'il prenait les mathématiques comme matière de contemplation mystique.<sup>26</sup>

---

écrits des plus grands mystiques chrétiens, surtout saint Jean de la Croix; dans certaines hérésies, surtout la tradition cathare et manichéenne. Je crois que cette pensée est la vérité, et qu'elle a besoin d'être exprimée à travers la seule chose à peu près bonne que nous ayons en propre, à savoir la science». (S. WEIL, «Lettre à Jean Wahl». *Œuvres*. Paris: Gallimard, col. Quarto, 1999, p. 979).

<sup>25</sup> Esta experiencia la comparte con el p. Perrin en la citada carta de mayo del 42: «Parfois, les premiers mots déjà arrachent ma pensée à mon corps et la transportent en un lieu hors de l'espace d'où il n'y a ni perspective ni point de vue [...] Parfois aussi, pendant cette récitation ou à d'autres moments, le Christ est présent en personne, mais d'une présence infiniment plus réelle, plus poignante, plus claire et plus pleine d'amour que cette première fois où il m'a prise». S. WEIL, *Attente de Dieu*, *op. cit.*, p. 49. [A veces, ya las primeras palabras arrancan mi pensamiento de mi cuerpo y lo trasladan a un lugar más allá del espacio en el que no hay ni perspectiva ni punto de vista (...). A veces también, durante esta recitación o en otros momentos, Cristo en persona está presente, pero con una presencia infinitamente más real, más punzante, más clara y más llena de amor que aquella primera vez en que se apoderó de mí. *A la espera de Dios*, p. 43].

<sup>26</sup> S. WEIL, *Œuvres Complètes*, VII, 1 (Correspondance familiale. Lettre du 20? décembre 1941). Paris: Gallimard, 2012, pp. 502-503.

Los escritos de Simone Weil posteriores a esta fecha contienen muchas referencias a san Juan de la Cruz, de cuya obra llega a decir que es «une étude rigoureusement scientifique des mécanismes surnaturels»<sup>27</sup> [‘un estudio rigurosamente científico de los mecanismos sobrenaturales’]. Tan alta es la importancia que da la filósofa al místico del siglo XVI.

### 3. La vía negativa del ateísmo purificador

Por la autenticidad del propio descubrimiento de la dimensión sobrenatural y por contraste con las experiencias vividas por otros, Simone Weil reconoce que, más allá de la curiosidad o incluso de algún interés morboso, los seres humanos no emprenden el camino de lo sobrenatural; al contrario, más bien tienden a huir de él cuando sale a su encuentro y barruntan lo que supondría en sus vidas prestarle atención. Por su visión penetrante de las realidades humanas, la filósofa francesa comprendió que el ser humano tiene una gran propensión a escapar de dicho camino; primero se acerca, pero pronto, al sospechar que seguir por ahí puede reclamarle la vida, huye casi desfavorido, o se aproxima acaso desde la superficie o desde la orilla. Sin embargo, ella supo acoger lo sobrenatural con verdadero entusiasmo<sup>28</sup> porque se lo brindaba la realidad, y reconocería en ello auténticas semillas de la verdad.

Juan de la Cruz vino a ratificar a Simone Weil en sus consideraciones acerca de que adentrarse en la vía de lo sobrenatural<sup>29</sup> —las cosas de Dios, el misterio, pero también cuanto está más allá de lo materialmente humano— demanda un vaciamiento de uno mismo que difícilmente llevan a cabo las personas, ni siquiera las muy religiosas. Entre estos últimos, muchos hay que se sirven de la religión para alcanzar sus propias aspiraciones, haciendo de lo religioso una suerte de «constructo» y tratando así de «manejar» al mismo Dios, pese a que, si hay en la vida algo no manejable, eso es precisamente el Misterio. Es esta actitud la que desenmascara magistralmente Juan de la Cruz por medio de una vía negativa cuyos principales elementos son la «nada» y el símbolo de la «noche». Ante este camino espiritual quedó admirada Simone Weil, quien afirmaba que «la religion en tant que source de consolation est un obstacle à la véritable foi : en ce sens l’athéisme est une purification»;<sup>30</sup> es decir, que, si se toma la religión como

---

<sup>27</sup> S. WEIL, *Œuvres Complètes*, V, 2. *Op. cit.*, p. 329.

<sup>28</sup> Etimológicamente, «entusiasmo» significa morar en la divinidad —*enthousiasmós*, en griego—, estar inspirado por ella. «Estado de intensa excitación espiritual en que estaban las sibilas al pronunciar sus oráculos», leemos en el Diccionario de María Moliner, al consultar la palabra *entusiasmo*.

<sup>29</sup> Simone Weil afirma que lo sobrenatural es «la différence entre le comportement humain et le comportement animal» (OC VI, 3, 78), es decir, la diferencia entre el comportamiento humano y el animal; descubre así lo sobrenatural como algo inherente al ser humano.

<sup>30</sup> S. WEIL, *Œuvres Complètes*, VI, 2. *Op. cit.*, p. 337.

fuente de consuelo, resulta un obstáculo para la fe verdadera, y por eso llega a aseverar que el ateísmo es una purificación.

En su *Introducción al cristianismo*, Joseph Ratzinger, refiriéndose a la antigua *religio* que convivía con el cristianismo de los comienzos, destaca que el cristianismo optó por la verdad frente a ciertas «costumbres vacías». «Justamente —escribe— en la sospecha de ateísmo que tuvo que afrontar el cristianismo primitivo es donde se ve con claridad su orientación espiritual, su opción frente a la *religio* y la costumbre carente de verdad, su opción exclusiva por la verdad del ser».<sup>31</sup> Y hallamos intuiciones parecidas en autores protestantes como Dietrich Bonhoeffer o Karl Barth, para quienes la religión, entendida desde el mero ritual, no es sino un esfuerzo humano para acceder a Dios o a lo sobrenatural, que impide ser Dios al mismo Dios, como expresó con tanta contundencia el mismo Barth.

En su camino espiritual, Juan de la Cruz se adentró en las dimensiones más hondas del corazón humano: «Entremos más adentro en la espesura», escribe en el *Cántico espiritual*. Para el carmelita, a Dios se llega, mucho más que por las palabras o por la vía especulativa, a través de la fe profunda, que es primordialmente una fe despojada y purificada; se refiere así a la inteligencia de las verdades desnudas, que se da al entendimiento,<sup>32</sup> y que consiste no en visiones, sino, bien al contrario, en tratar de comprender, cuando se camina a oscuras, no tanto a través de la razón como desde la atención y la esperanza vividas en el más recóndito centro del corazón. Así, en sus *Dichos de luz y amor* escribe: «si quieres venir al santo recogimiento, no has de venir admitiendo, sino negando».<sup>33</sup>

La *noche oscura* de Juan de la Cruz aparece, así, como verdad diáfana a los ojos de Simone Weil. Estas son sus palabras: «Nuit obscure. Application dans tous les domaines. Activité non agissante. Non-intervention»;<sup>34</sup> con ellas expresa que la noche oscura se puede hallar en todos los aspectos de la vida, y la equipara a la «acción no activa», a un actuar que es no hacer y consiste en la espera —*attente*, noción muy weiliana—, equiparable a la no intervención, mas nunca desde la pasividad, sino desde la atención despierta y profunda, cuya esperanza no se agota (lo que tan a menudo expresa, como se ha indicado, con la palabra griega «hupomoné»: *υπομονη*).

Será este juego real entre presencia y ausencia, entre contradicciones y verdad, esta aceptación de la paradoja de que Dios responde en la oscuridad del misterio, lo que vincule especialmente a la pensadora francesa y al místico español. Ambos autores se

<sup>31</sup> J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*. Traducción de José L. Domínguez Villar. Salamanca: Sígueme, 2016<sup>3</sup>, p. 120.

<sup>32</sup> S. JUAN DE LA CRUZ, «Subida al Monte Carmelo», L 2, cap. XXIV. *Obras completas*. Edición de L. Ruano de la Iglesia. Madrid: B.A.C., 1991, p. 377.

<sup>33</sup> S. JUAN DE LA CRUZ, «Dichos de luz y amor», nº 51. *Obras completas. Op. cit.*, p. 157.

<sup>34</sup> S. WEIL, «Cahier IV», *Œuvres Complètes*, VI, 2. *Op. cit.*, p. 120.

refieren a la confianza en medio de la noche, a la actitud amorosa de espera en la oscuridad más desconcertante, y a veces ante el ciego abismo de la nada. Los dos saben que en la vida humana es imprescindible acoger los estados de angustia y sinsentido, signos de la ausencia de Dios, si se quiere llegar a descubrir el amor verdadero. Este podría ser uno de sus mensajes en común para un mundo como el nuestro, en el que la oscuridad y el vacío apenas se consideran, no porque no estén presentes —que lo están, y mucho—, sino porque todo lo invaden el ruido o las imágenes, que invitan constantemente a huir de la quietud y el sosiego necesarios en cualquier búsqueda interior.

C'est quand l'âme épuisée a cessé d'attendre Dieu, quand le malheur extérieur ou la sécheresse intérieure lui fait croire que Dieu n'est pas une réalité, si néanmoins il continue à l'aimer, si elle a horreur des biens d'ici-bas qui prétendent le remplacer, c'est alors que Dieu, après quelque temps, vient jusqu'à elle, se montre, lui parle, la touche. C'est ce qui Jean de la Croix nomme nuit obscure.<sup>35</sup>

La fe en el Dios escondido o ausente que permanece en el interior del ser como confianza despierta y se traduce en espera atenta, es para Simone Weil y para Juan de la Cruz un claro preámbulo del amor verdadero. Se trata de un auténtico ejercicio de fe. Y en esta enseñanza radica la purificación a través del ateísmo llevada a cabo por Simone Weil. Sin haber abordado desde el principio de su vida el tema de Dios, sin tener tampoco consciencia de haber buscado positivamente a Dios (o más bien habiéndose negado a emprender tal búsqueda), la filósofa sí es consciente de haber anhelado durante toda su vida el bien puro, que no deja entrever recompensa alguna a quien camina tras él. Su sorpresa será grande cuando ella misma se vea representada en uno de los personajes del juicio final que presenta el Evangelio de Mateo: entre los que están a la derecha del Rey, y a quienes el Rey, que es Cristo, se dirige con estas palabras:

«Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo; pues tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era extranjero y me acogisteis, desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, estaba en la cárcel y fuisteis a verme». Entonces los justos le responderán así: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos extranjero y te acogimos, o desnudo y te vestimos? ¿Y cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». Y el Rey les responderá así: «Os digo de verdad: Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, me lo hicisteis a mí». (Mt 25, 34-40).

Simone Weil había dado de comer al hambriento, acogido al extranjero y vestido al desnudo, sin saber que estaba dando pan, abrazando o vistiendo al mismo Cristo. Así, desde su propia experiencia de vida, la filósofa se referirá al *ateísmo purificador* como

<sup>35</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 2. *Op. cit.*, p. 157.

ese estado de increencia en que se busca el bien por el bien mismo, ignorando aún que el Bien no solo es equiparable a Dios, sino que es Dios mismo. Su rigor intelectual y moral llega hasta afirmar que quien da pan a un desdichado por amor a Dios ya ha recibido su paga en este mismo pensamiento de obrar por amor a Dios:

Celui qui donne du pain à un malheureux affamé pour l'amour de Dieu ne sera pas remercié par le Christ. Il a déjà eu son salaire dans cette seule pensée. Le Christ remercie ceux qui ne savaient pas à qui ils donnaient à manger.<sup>36</sup>

En el camino hacia una fe purificada, que acaba siendo fe mística, sitúa Simone Weil el ateísmo, o, mejor dicho, cierto ateísmo que es para ella una etapa de la fe. En sus escritos (*Cahiers*) se refiere a un estado de ignorancia que resulta imprescindible para la purificación de la fe, y que viene a ser uno de los dos ateísmos que describe: el ateísmo que niega a Dios, y el que es «purificación de la noción de Dios»;<sup>37</sup> este último es el que preserva al alma de cualquier manipulación de lo divino, al implicar el no saber, la ignorancia reconocida y aceptada con humildad.

Cas de contradictoires vraies : Dieu existe ; Dieu n'existe pas. Où est le problème ? Nulle incertitude. Je suis tout à fait sûre qu'il y a un Dieu, en ce sens que je suis tout à fait sûre que mon amour n'est pas illusoire. Je suis tout à fait sûre qu'il n'y a pas de Dieu en ce sens que je suis tout à fait sûre que rien de réel ne ressemble à ce que je peux concevoir quand je prononce ce nom, puisque je ne peux pas concevoir Dieu. Mais cela, que je ne puis concevoir, n'est pas une illusion – Cette impossibilité m'est donnée plus immédiatement que le sentiment de ma propre existence.<sup>38</sup>

Por eso afirmará Simone Weil que, entre dos hombres que no tienen experiencia de Dios, el que más cerca está de Él probablemente es el que lo niega.<sup>39</sup> Y escribirá asimismo que uno de los más deliciosos placeres hacia el ser amado es prestarle servicio sin que lo sepa, cuestión que, trasladada al amor a Dios, le lleva a decir que tal amor solo es posible por medio del ateísmo.<sup>40</sup>

Con la finura intelectual que la caracteriza, Simone Weil deja entrever varios grados en el camino hacia el Bien (Dios mismo), que son etapas hacia la fe purificada o mística y comprenden un par de fases de ateísmo. El grado más bajo en este camino hacia el

<sup>36</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 1. *Op. cit.*, p. 295.

<sup>37</sup> S. WEIL, «Cahier IV», *Œuvres complètes* VI, 2. *Op. cit.*, p. 125; pp. 337 y 338 del «Cahier VI».

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 126.

<sup>39</sup> S. WEIL, «Cahier V», *Œuvres complètes* VI, 2. *Op. cit.*, p. 195.

<sup>40</sup> «Un des plaisirs les plus délicieux de l'amour humain, servir l'être aimé sans qu'il le sache, n'est possible dans l'amour de Dieu que par l'athéisme» («Cahier XII», *Œuvres complètes* VI, 3. *Op. cit.*, p. 399).

Bien —que no se identifica todavía, ni lejanamente, con Dios— es el del ateísmo mercenario; se caracteriza porque el Bien buscado no está sostenido por el Ser, y no tiene, así, ninguna base ontológica. En este tipo de ateísmo, ser y valor están disociados, y ninguno de ellos tiene un fundamento ontológico que le otorgue algún contenido, de manera que aquí nada vale nada. Sería el caso de Iván Karamazov, el personaje de Dostoyevski, que proclama que, si no hay Dios, todo está permitido. Un grado por encima, sitúa Simone Weil la fe mercenaria, donde se da cierto grado de fe, pues se cree que el Bien existe y que está fundado en el Ser, de manera que se identifican el Ser y el Bien. Pero no hay que perder de vista que aquí la creencia en el Bien se da únicamente porque este es considerado garante de la moralidad. No hallamos aún asomo alguno de lo sobrenatural. A esta fe «inauténtica» o imperfecta —impura, podríamos decir— le sigue el ateísmo que Simone Weil considera esencial para acercarse al Bien puro: el ateísmo purificador, que percibe el Bien como lo más valioso de cuanto existe, aunque no se llegue a considerar siquiera la existencia de Dios o no se identifique dicho Bien con Dios. Por encima de este ateísmo purificador sitúa la filósofa la fe mística, a la que no se puede llegar sin haber pasado antes por la experiencia del ateísmo purificador. La fe mística, la verdadera fe, consiste para Simone Weil en experimentar la unidad trascendente que se da entre el Bien y el Ser.<sup>41</sup>

Este camino de purificación es muy similar al expuesto por san Juan de la Cruz en sus tratados sobre la *Noche oscura del espíritu* o la *Subida al Monte Carmelo*, y viene expresado en las imágenes de la nada y de la noche, algunas de las cuales él plasmaba gráficamente en los dibujos sobre la senda ascendente que trazaba para sus dirigidos... En ambos autores se da la vivencia del abandono confiado, la experiencia de un salto a ciegas...

Simone Weil estaba convencida de que Dios, «que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (Mt 5, 45), tiene predilección por los humildes y por quienes, al atender al prójimo, desconocen la identidad de aquel a quien están atendiendo.<sup>42</sup> Dios ama a cada ser humano, y Simone Weil lo subraya desde su experiencia de haberse reconocido entre los «justos» del juicio final y a sabiendas de que ignoraba haber servido al mismo Cristo. En su vivencia de la desdicha, se fija en la misericordia auténtica, cuyo modelo es la misericordia divina, y pone de relieve tanto la gratuidad como la atención al otro desde el desconocimiento de su identidad, así como que no exista aspiración religiosa ni búsqueda de mérito alguno, pues con ello quedaría desvirtuada la verdadera compasión. Dios, que es el Bien, reconoce la generosidad de quienes ignoran las compensaciones. Simone Weil reprocha los intentos de

---

<sup>41</sup> Véase G. KEMPFNER, *La philosophie mystique de Simone Weil*. Falicon: Nataraj, 1996. (La Colombe, 1960).

<sup>42</sup> Para la idea weilliana de lo impersonal, véase «La personne et le sacré», en *Écrits de Londres*, un texto de honda raíz mística. Entiende la persona no desde lo que «es» socialmente o lo que representa, sino por el fondo sagrado que la configura.

manipular a Dios por parte de quienes profesan un credo, así como los logros y ambiciones en esta aspiración al bien, por los que quedarían falseadas las sendas de la búsqueda. Se trata, naturalmente, de una búsqueda mucho más existencial que religiosa, pues en el planteamiento weiliano cualquier búsqueda auténticamente humana compromete la existencia; la autora no entiende una religiosidad sin raíces existenciales, como tampoco se entendería desde un planteamiento serio de la fe. En esta reflexión es donde el ateísmo purificador surge como una aportación luminosa para el tiempo presente, donde abundan el agnosticismo, el ateísmo y, mucho más, la indiferencia y hasta la ceguera ante el misterio. Esto piensa Simone Weil: «Quiconque aime le prochain comme lui-même, même s'il nie d'existence de Dieu, aime Dieu»<sup>43</sup> ['Cualquiera que ame al prójimo como a sí mismo, aunque niegue la existencia de Dios, ama a Dios'].

Las enseñanzas de Juan de la Cruz palpitan en el fondo de esta propuesta; expresadas con lenguaje accesible y animadas por el fondo sobrenatural en el que arraiga el misterio de la vida humana, responden hoy a inquietudes reales. Simone Weil descubrió al escritor místico en medio del drama de la Segunda Guerra Mundial, y tanto la filósofa como el carmelita, y ambos a la vez, pueden ayudar a revitalizar el sentido de nuestro presente y a devolver a los hombres y mujeres de hoy al hondón personal que alberga las grandes preguntas, a la vivencia de la profundidad.

#### 4. Porque es de noche...

Juan de la Cruz enseña la dificultad del camino de la fe, traducida muchas veces en un caminar a oscuras; por eso toma la *noche* como símbolo central de la vida espiritual, convencido como está de que hay que pasar por la negación de cuanto distrae a la persona de lo fundamental, que es confiar en Dios hasta perderse en Él. Por eso escribe, una y otra vez: «Ni esto, ni aquello, ni lo otro»; «ni eso, ni eso, ni eso, ni eso, ni eso, ni eso, ni esotro, ni esotro, ni esotro, ni esotro, ni esotro...», sobre todo en los esquemas del *Monte de perfección* que dibuja y comenta para quienes acompaña en su camino de fe. La noche representa tantas ideas y pensamientos atisbados y suprimidos, o aquello que no logramos entender; y también la miseria que hallamos en nosotros mismos, nuestras limitaciones y pobreza. Y hay que atravesar la espesura de la noche para alcanzar el día; de ahí la importancia de la humildad, que hace reconocer al hombre que apenas sabe sobre Dios.

Un aspecto de las enseñanzas de Simone Weil que puede resultar valioso para nuestro mundo descreído son las formas de amor implícito de Dios, que redacta en Marsella. A través de la atención prestada al prójimo, de la belleza, de la amistad, e incluso de

---

<sup>43</sup> S. WEIL, «Cahier VI», *Œuvres complètes* VI, 2. *Op. cit.*, p. 390.

las ceremonias religiosas, se puede acceder a la luz, al Bien, que es Dios.<sup>44</sup> Hasta las ceremonias religiosas, nada representativas de nuestro tiempo, pueden influir en personas que cultivan la sensibilidad y son capaces de vibrar con la música sacra o la liturgia, como le sucedió a la propia Simone Weil. La presencia de la belleza, la consideración del otro o el milagro de la amistad son heraldos de un amor escondido y una suerte de amor indirecto llamado a transformarse en auténtico amor a Dios. Y, para Simone Weil, vienen a compensar la vía negativa del no saber, que sumerge en la oscuridad de la noche. Con estas intuiciones, fruto de sus vivencias en Marsella y atisbadas en la desolación de la guerra, la filósofa propone un plan de acercamiento implícito a Dios —que sigue siendo Misterio— para un mundo que se aleja de la religión, entendida como camino exclusivo de acceso al Absoluto. Desde el testimonio del profeta sobre el *Deus absconditus*,<sup>45</sup> el ser humano ha sabido hallar presencia en la ausencia y sentido en el ocultamiento de Dios; y tanto el santo carmelita como la pensadora anarquista resultan ser hoy verdadera *voz* del Misterio para nuestro mundo, pues ambos descubren en la *lejanía* de Dios un mensaje de vida al que se accede por las vías del no saber y la espera atenta y amorosa. Por eso siguen invitando a emprender este mismo camino, que pasa por la humildad y la *descreación*, la paciencia y la entrega, desde una vida sencilla, anónima y callada. Toda una invitación a caminar contra la corriente general, pero una propuesta real de vida auténtica.

Las palabras que siguen pertenecen a los *Cahiers* de Marsella y a los de Nueva York (*La connaissance surnaturelle*), respectivamente, y son ejemplos de las enseñanzas de Simone Weil en este terreno; las primeras, escritas durante el mes de la vendimia (otoño de 1941), se refieren al vacío; las segundas, a esa cuarta dimensión en que el ser humano y Dios se cruzan en un punto que no por resultarnos inaccesible deja de ser real:

Accepter un vide en soi-même, cela est surnaturel. Où trouver l'énergie pour un acte sans contrepartie ? L'énergie doit venir d'ailleurs. Mais pourtant il faut d'abord un arrachement, quelque chose de désespéré, que d'abord un vide se produise. —Vide : nuit obscure. L'admiration, la pitié (les mélanges des deux surtout), etc., apportent une énergie réelle. Mais il faut s'en passer. [...] Il faut être un temps sans aucune récompense, naturelle ou surnaturelle. Nuit obscure.<sup>46</sup>

Dieu et l'humanité sont comme un amant et une amante qui ont fait erreur sur le lieu du rendez-vous. Chacun est là avant l'heure, mais chacun dans un endroit différent, et ils attendent, attendent, attendent. L'amant est debout, immobile, cloué sur place pour la

<sup>44</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes*, IV, 1. *Op. cit.*, p. 286.

<sup>45</sup> Is 45, 15: *Vere tu es Deus absconditus*. Pascal se hace eco en uno de sus *Pensamientos* (B 585).

<sup>46</sup> S. WEIL, «Cahier IV», *Œuvres complètes* VI, 2. *Op. cit.*, p. 136.

perpétuité des temps. L'amante est distraite et impatiente. Malheur à elle si elle en a assez et s'en va ! Car les deux points où ils se trouvent sont le même point dans la quatrième dimension...

La crucifixion du Christ est l'image de cette fixité de Dieu.<sup>47</sup>

Simone Weil habla con autoridad: la de quien ha experimentado. Y, como Juan de la Cruz, invita a la paciencia y a la esperanza, virtudes poco cultivadas hoy, pero esenciales en una vida centrada en la espera y la confianza. Porque el vacío y la desolación de la noche no dejan de ser *lugares* donde Dios se llega a hacer presente. Es la clave de esta mística del ocultamiento y de la espera despierta.<sup>48</sup>

## 5. La fe arraiga en el deseo

La fe de Simone Weil tiene sus raíces en lo más recóndito del alma, ese lugar interior donde se viven cosas de mucho secreto. Ahí, en el hondón del ser, es donde habita un anhelo profundo, un *Deseo* que vincula la vida humana con la realidad misma, como muestra Xavier Zubiri con su concepto de *religación*.<sup>49</sup> Simone Weil, amante apasionada de la verdad, al unir realidad y verdad halla en el núcleo de su propia vida un deseo de bien absoluto que identifica con su propio ser.<sup>50</sup> Desde muy joven experimentó tal deseo esencial de bien, y en ese núcleo de su alma sitúa la filósofa la raíz de la fe: «Tant que nous vivons il y a en nous désir. Et ce désir même est la plénitude du bien si nous l'empêchons de se diriger quelque part, de se subordonner à un objet qui n'est que faiblement bien»<sup>51</sup> [‘Mientras vivimos, hay deseo en nosotros. Y tal deseo es la plenitud del bien, si le impedimos dirigirse a algún sitio o subordinarse a un objeto que solo débilmente es el bien’]. Simone Weil vuelve a esta idea una y otra vez en sus *Cuadernos*. Y vincula el deseo profundo con la atención, con la espera colmada de anhelo y de

<sup>47</sup> S. WEIL, «Cahier XIV», *Œuvres complètes* VI, 4. París: Gallimard, 2006, p. 185.

<sup>48</sup> La palabra francesa *attente*, además de significar espera, contiene la raíz de «atención». Para Simone Weil, *attente* consiste en permanecer atentos en la espera, una espera, pues, plenamente activa.

<sup>49</sup> Véanse sus obras *Naturaleza, historia, Dios* (1944) y *Sobre el hombre* (1986),

<sup>50</sup> «Puisque j'existe et que ce désir de bien absolu constitue le fond de mon être, il y a dans la réalité quelque chose qui a au moins la même valeur que ce désir. Mais j'en suis séparée. Je ne peux le rejoindre. Je peux seulement savoir que cela est et attendre, fût-ce des années». «Cahier IX», *Œuvres Complètes*, VI, 3., p. 277 [‘Puesto que existo y que ese deseo de bien absoluto constituye el fondo de mi ser, hay algo en la realidad que tiene al menos el mismo valor que este deseo. Pero estoy separada de ello. No puedo alcanzarlo. Solo puedo saber que es, y esperar, aunque sea años y años’].

<sup>51</sup> S. WEIL, «Cahier IX», *Œuvres complètes*, VI, 3, p. 192.

confianza. Escribe, así, que «L'attention est liée au désir»<sup>52</sup> —'la atención está ligada al deseo'— y que toda nuestra existencia consiste en este deseo de bien.<sup>53</sup>

Simone Weil y sus padres llegaban a Nueva York a mediados de julio de 1942. Los dos primeros meses pasados en América fueron muy difíciles para ella, pues vivió un tiempo de oscuridad que duraría hasta que vislumbrara la posibilidad de volver a Europa. Al final de la etapa marselesa había leído a Heinrich Suso, discípulo del Maestro Eckhart, y esto reforzaría sus ideas sobre el vacío y la nada, tan sentidas en la primera etapa neoyorkina. Consideraba entonces, más que nunca, que Dios, que es anterior al ser, es nada, pues precediendo cualquier determinación ontológica no puede ser otra cosa... Esta actitud queda plasmada en su quietud atenta, como expresa en uno de los *Cahiers* de Nueva York: «Ne pas essayer, rester immobile, implorer en silence»<sup>54</sup> [No intentar nada, quedarse inmóvil, implorar en silencio]. Mas pronto volvería la filósofa, y con intensidad, sobre el deseo del Bien, donde este es claramente Dios: «que Dieu soit le bien est une certitude»<sup>55</sup> escribe; y también: «Je puis seulement désirer le bien»<sup>56</sup> [Solo puedo desear el bien]. Simone Weil va tan lejos en esta su exploración del deseo, que afirma incluso que Dios *es*, puesto que lo desea: «Dieu est puisque que je Le désire».<sup>57</sup> El deseo es así el anhelo que el hombre alberga en su interior, y que le hace aspirar permanentemente al Bien. Y aun el agua que origina nuestra sed, por poner esta imagen bíblica y universal, queda identificada por la autora con la sed misma, tal es su comprensión profunda del deseo.<sup>58</sup> Deseo en el que puede hallar un eco nuestro mundo, donde tantos deseos —pero con minúsculas— se suscitan, para entender que hay una diferencia radical entre el *Deseo* y los deseos.<sup>59</sup>

En esta última etapa de su vida, Simone Weil retomará la noción del ateísmo purificador, aunque sin referirse a ella de forma explícita.

## 6. La grandeza de lo infinitamente pequeño

Para Simone Weil, la función esencial de la religión es impregnar de luz la vida, y si se realiza auténticamente, se plasmará en el terreno privado o en el público, mas sin

---

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 229.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>54</sup> S. WEIL, «Cahier XIV», *Œuvres complètes*, VI, 4. *Op. cit.*, p. 209.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 210.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 220.

<sup>57</sup> «Cahier XIV». *Ibid.*, p. 202.

<sup>58</sup> «Cahier XV». *Ibid.*, p. 220.

<sup>59</sup> En este punto, hay que referirse al libro de Jean LACROIX, *Le désir et les désirs*. Véase *El deseo y los deseos*. Traducción de M. Dolores Abalde. Fundación E. Mounier: Madrid, 2010. Así como a Emmanuel Lévinas, quien en *Totalidad e infinito* presenta el hondo Deseo del Otro.

llegar a dominar esa vida.<sup>60</sup> Pero lo sobrenatural es una dimensión mucho más honda, que tiene que ver con la semilla que Dios pone en los adentros del hombre, algo *infinitamente pequeño* que germinará si la persona en quien se deposita cuida y riega ese germen diminuto de vida verdadera. Únicamente si el ser humano lo consiente, pone Dios en su interior esa semilla casi insignificante, y se va.<sup>61</sup> Al hombre le toca descubrir ese tesoro escondido que lleva en él. Simone Weil se refiere en muchas ocasiones a este *infiniment petit*; se trata de una noción central de su pensamiento, que evoca la presencia callada pero vivificadora de lo sobrenatural en el ser humano<sup>62</sup>. Pero también hace referencia con ello al carácter infinitesimal del bien en este mundo y, por lo tanto, a la tarea fundamental del hombre para avivar ese bien diminuto y hacerlo germinar y crecer.

Le point surnaturel, c'est le grain de grenade de l'*Hymne à Déméter*; le grain de sénevé de l'Évangile, qui devient un arbre où les oiseaux se posent; l'atome de bien pur qui, une fois entré dans l'âme, croît exponentiellement, sans que rien puisse l'en empêcher...<sup>63</sup>

En la experiencia mística de Juan de la Cruz se encuentra también esta semilla del amor que tiene en Dios su propia fuente: el ser humano queda tocado por este amor y Dios espera pacientemente la respuesta. El objetivo de este proceso es el de llegar al estado descrito por san Pablo en la Carta a los Gálatas: «ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20).

## 7. Esbozo de unas conclusiones

Simone Weil anota estas palabras, con letras mayúsculas, en el *Cahier VI*:

PUISQUE NOUS SOMMES EN FAIT DANS UNE ÂGE D'INCRÉDULITÉ,  
POURQUOI NÉGLIGER L'USAGE PURIFICATEUR DE L'INCRÉDULITÉ? JE  
CONNAIS CET USAGE EXPÉRIMENTALEMENT.<sup>64</sup>

<sup>60</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes V*, 2. *Op. cit.*, p. 208. [«La fonction propre de la religion consiste à imprégner de lumière toute la vie profane, publique et privée, sans jamais aucunement la dominer»].

<sup>61</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes IV*, 1, p. 358.

<sup>62</sup> Simone Weil se sirve de la expresión *infiniment petit* ('infinitamente pequeño') primero en un contexto matemático (*OC*, VI, 1, p. 94; *OC*, VI, 2, p. 198; *OC*, VI, 4, pp. 132, 175) y también en el contexto de la física (*OC*, VI, 2, pp. 168, 170, 260). Hasta el *Cahier IX* (marzo de 1942) no adquiere dicha expresión su significado espiritual.

<sup>63</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes VI*, 3. *Op. cit.*, p. 161.

<sup>64</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes VI*, 2. *Op. cit.*, p. 339.

En tiempos de increencia, pararse a considerar el carácter purificador de la no creencia y hasta del ateísmo puede ser importante para la fe. Leyendo a Juan de la Cruz, Simone Weil descubre aspectos fundamentales de esta función del ateísmo, en la que invita a profundizar. Reformular la lectura de la noche, volver sobre el deseo, en una sociedad que no hace más que generar deseos, o descubrir esa semilla infinitamente pequeña que albergamos en el interior —sabiendo que pide ser cultivada— son tareas purificadoras de la fe a las que pueden aportar sabiduría posiciones de descreimiento. Y son asimismo caminos abiertos de diálogo y de encuentro.

Se trata, en definitiva, de cultivar la vida espiritual, la vida en hondura, como el tesoro más grande del ser humano. Simone Weil anima a esta tarea porque, como escribe al final de su vida, los totalitarismos de cualquier tipo solo hallan obstáculos en una vida espiritual auténtica.<sup>65</sup>

Carmen HERRANDO  
Universidad San Jorge  
mcherrando@usj.es

Article rebut: 9 de juliol de 2019. Article aprovat: 21 de setembre de 2020

---

<sup>65</sup> S. WEIL, *Œuvres complètes* V, 2. *Op. cit.*, p. 184.